

Capitolio. El senador Balke, dirigiéndose al público, se expresa en estos términos:

«Permitidme que os presente á Abraham Lincoln, Presidente electo de los Estados Unidos.»

Nuevas y más ruidosas aclamaciones salen del público, á las que responde Lincoln saludando continuamente; restablecido el silencio y antes de prestar el juramento en manos del juez Taney, lee con voz firme y clara el discurso de costumbre, en el que expone, en términos sumamente conciliadores, pero enérgicos, sus ideas sobre la situación del país y los principios que le guiarán durante su administración.

No habrá olvidado el lector, que los Estados del Sud para justificar el acto de separación, invocaban entre otros motivos la elevación al poder de un hombre cuyos designios eran hostiles á la esclavitud.

Lincoln protesta enérgicamente contra las miras que se le suponen:

«Lejos de mí, decía, la idea de inmiscuirme, directa ó indirectamente, en esa institución de la esclavitud, en los países en que se halle en vigor. Creo no tener derecho á ello y no tengo intención de obrar de tal manera. Los que me han elegido saben perfectamente que he hecho varias veces esta declaración, y que jamás me he retractado.

»Pero lo que sí quiero, es el mantenimiento de la Constitución.

»Ningún Estado, por sí y ante sí, tiene derecho á separarse legalmente de la Unión.

»Todas las resoluciones ú ordenanzas que concurren á este fin son legalmente nulas y todas las violencias cometidas por uno ó varios Estados contra la autoridad de los Estados Unidos constituyen, según la ley, la insurrección ó la revolución.

»Creo, pues, que en lo que concierne á la Constitución y á las leyes, la Unión no está disuelta, y aunque limitándome á mis poderes, velaré, como expresamente me lo manda la Constitución, para que las leyes de la Unión se obedezcan y ejecuten fielmente en todos sus Estados.»

Terminó con un elocuente llamamiento á la conciencia y al patriotismo de sus conciudadanos extraviados.

«En manos de los descontentos, en vuestras manos y no en las mías está á estas horas la suerte de la guerra civil. El Gobierno no os atacará.

»Podéis evitar un conflicto, no declarándoos agresores. Vosotros no habéis registrado en el cielo el juramento de destruir al Gobierno, y yo he jurado solemnemente mantenerlo, protegerlo y defenderlo.

»No es mi ánimo cerrar la puerta á la conciliación. No somos enemigos, sino amigos. Nuestro deber es no enemistarnos, que la pasión no nos lleve al extremo de romper los lazos de nuestra amistad antigua.»

Después de haberse dirigido al pueblo Lincoln, prestó en manos del juez Taney el juramento constitucional que era el siguiente:

«Juro solemnemente cumplir con fidelidad las funciones de Presidente de los Estados Unidos y hacer cuanto esté en mi mano para mantener, proteger y defender su Constitución.»

Aquella misma tarde Abraham Lincoln tomaba posesión de la Casa Blanca.

Entre tanto su predecesor abandonó á Washington con destino á Wehatland, su posesión patrimonial, no teniendo que dar parte á la Historia sino de la fidelidad con que había conservado el juramento de la Constitución prestado cuatro años antes.

Los Estados del Sud, no admitían el principio de Lincoln, que expresaba que ningún Estado tiene derecho propio para retirarse legalmente de la Unión.

Para el partido separatista, la Unión federal había tocado á su término. Los intereses de los Estados meridionales pedían un Gobierno distinto é independiente y los que lo querían eran libres de retirarse de la confederación que era un contrato *entre* los Estados y no, según decían los del Norte, un Gobierno *sobre* los Estados, y por lo tanto superior á ellos.

En su consecuencia, el Congreso de Delegados de la Carolina del Sud, la Georgia, la Florida, el Alabama del Missisipi, y de la Luisiana reunido el 4 de Febrero de 1861 en Montgomery, había adoptado el 11 de Marzo una nueva Constitución definitiva y permanente que ponía la institución de la esclavitud al abrigo de todo ataque.

Poco decía la antigua Constitución sobre este punto. Sólo expresaba, que las personas obligadas al servicio ó trabajo que intentaran huir, serían devueltas á sus dueños.

La nueva, se explica en términos bien claros:

«Los ciudadanos de cada Estado tendrán el derecho de tránsito y estancia con sus esclavos, en todos los Estados de la Confederación y nunca podrán ser atacados en la propiedad de los citados esclavos.

»Los esclavos ó individuos obligados á servir ó á trabajar en el Estado ó territorio de la Confederación según las leyes locales en vigor, que huyeren ó fuesen conducidos á otro Estado, no podrán,

atendiendo á las leyes ó reglas existentes en él, ser declarados libres, sino que deberán ser devueltos á los dueños ó á los patronos que los reclamen.

»Los Estados confederados pueden adquirir nuevos territorios. En ellos será protegida y reconocida la esclavitud africana tal como existe en los Estados confederados por el Congreso y el Gobierno territorial, y los habitantes de los diversos Estados confederados tienen derecho á conducir á los territorios adquiridos los esclavos que posean legalmente en los Estados ó territorios de la Confederación.»

De esta suerte quedaban cortadas todas las cuestiones nacidas desde 1820; ya no se contentaban

con legitimar la institución; era necesario glorificarla.

En la época en que Missouri pedía ser admitido en la Unión, los diputados del Sud presentaban la esclavitud como una condición desdichada, pero indispensable á la existencia del nuevo Estado.

«El clima de Missouri, decían, no admite sino ciertos cultivos que sólo los negros pueden resistir y á los que no se someterían en estado de libertad.

»La esclavitud ya existe allí; no se trata pues de crearla, sino de conservarla. La situación de aquel país es igual á la nuestra; no podéis atacar sus derechos sin atacar los nuestros, sobre punto en que la Constitución os prohíbe discutir. Habéis



EL GENERAL BEURET

admitido en la Unión, al Kentucky y al Tennesec, con la esclavitud ¿y por qué no al Missouri? En vano replicaréis que éste es un nuevo Estado, mientras que aquéllos no son más que desmembraciones de otros primitivos que tenían establecida la esclavitud. Estas circunstancias no cambian en nada las necesidades de las comarcas y aquí se trata igualmente, no de crear un nuevo derecho sino de admitir un hecho existente. El Missouri, por otra parte, formaba parte de la Luisiana á la que habéis admitido con la esclavitud.

»Temed producir un efecto moral peligroso que la Constitución ha cubierto con su égida; si prohibís la esclavitud en donde la encontréis establecida, no engaños la previsora prudencia de nuestra

Constitución; pensad que existen dos millones de esclavos que al verse protegidos por vosotros pueden entregarse á los más crueles extremos; acordados de los desastres de Santo Domingo y no os espongáis á los mismos horrores.

»¿Es acaso falta nuestra que nuestros antepasados nos hayan legado tal plaga? Nosotros no podemos hacer más que tratar á nuestros esclavos, con dulzura y humanidad, para acercar todo lo posible su suerte á la de los cultivadores libres. La esclavitud ha existido en las repúblicas más florecientes de toda la antigüedad y existe aún en las colonias de todas las potencias de Europa. ¿Por qué pues ha de abolirse entre nosotros?

»Dejad esa cuestión ardiente, cuya discusión

está llena de peligros; no nos hagáis pensar en que podría venir un día que triunfara vuestra opinión en el Congreso, y se decretara la abolición de la esclavitud en todos los Estados Unidos; aquel día sería el último de toda la Confederación.»

De esta manera se equivocaban las necesidades agrícolas, los hechos y el peligro social. Se apelaba á la misericordia y, en interés de la Unión, se atendía este llamamiento.

La esclavitud estaba considerada como un mal necesario cuyo nombre no osaban pronunciar los plantadores del Sud y al que llamaban su institución particular.

En el año 1860, el Sud comprendiendo que el Norte empezaba á cansarse de la cuestión de los negros, y conociendo lo débil de su posición en el terreno de la tolerancia, cesó de apelar á la misericordia de los anti-esclavistas.

«Exasperado, dice Edward Lee Childe, de que el Norte, su antiguo aliado pues se había unido á él con conocimiento de causa, le echara en cara la venganza cuya responsabilidad se elevaba al pasado, se convirtió en acusador.»

Ya no defendían como á un hecho consumado, á la esclavitud, antes bien la justificaban, como á una institución *razonable, bienhechora y divina*; institución de orden natural, preferible para el esclavo á la libertad; considerándola como un sistema independiente del color del hombre y extensible á la *raza blanca*.

Se presenta al trabajo servil, como la condición normal de toda la sociedad bien organizada. Hay una filosofía esclavista profesada *ex-cathedra*.

Dicen los nuevos doctores: «La esclavitud no es un mal; es la condición más conveniente á la masa de la humanidad. El negro es necesariamente el primer esclavo, porque es el más estúpido, el menos precioso y el más fácil de capturar; pero el trabajador blanco no puede dar al mundo más que el resultado de sus brazos robustos, es de *hecho* un esclavo de todo el mundo, y si lo fuese de *derecho* sería más dichoso de lo que puede esperanzar con el sistema europeo y de los Estados libres de la Unión.»

Esta filosofía se convirtió bien pronto en dogma político, y Mr. Stephen en un discurso pronunciado en Savannah, explicó así los principios en que se fundaba el nuevo Gobierno.

«La Constitución de los Estados confederados apagó todos los fermentos de discordia inherentes á nuestras Constituciones referentes á la esclavitud africana tal cual existe actualmente entre nosotros

al estado particular del negro en nuestra civilización. Jefferson con su prudencia, había previsto que esto sería la piedra de toque contra la que se estrellaría la vieja Unión. El y los jefes políticos del tiempo de la formación de la antigua Constitución estaban convencidos de que reducir al estado de esclavo á un africano, era una violación de las leyes naturales, una falta, bajo el punto de vista moral, social y político. Nuestro nuevo Gobierno tiene ideas diametralmente opuestas; sus cimientos están establecidos, su piedra angular reposa sobre esta gran verdad; *el negro, no es el igual del blanco* y que la esclavitud, con sujeción á una raza superior es la condición normal y material del negro. Nuestro Gobierno es el primero en la historia del mundo que ha tomado por base fundamental este hecho incontestablemente verdadero, *física, filosófica y moralmente.*»

Dos principios sociales se encontraban frente á frente; una guerra á muerte era inevitable, y ésta comenzó en 12 de Abril de 1861.

El general confederado Beauregard rompió el fuego contra el fuerte Sumter en el que ondeaba la bandera de la Unión. Después de un bombardeo que duró veinticuatro horas, el mayor Anderson capituló con todos los honores de guerra y se embarcó con destino á Nueva York con toda la guarnición.

La ruptura era definitiva y el éxito de las batallas iba á decidir de la suerte de la libertad en el Nuevo Mundo.

Lincoln ha llegado á ser el primer ciudadano de su patria: hélo instalado en la Casa Blanca, Presidente de la República, general en jefe de los ejércitos de mar y tierra de los Estados Unidos, en presencia de una guerra civil que debía tomar gigantescas proporciones, durar más de cuatro años, costar cuantiosas sumas de dinero y más de un millón de hombres. No sin razón había dicho á sus amigos de Springfield al abandonarles «que desde los tiempos de Washington, nunca deber más grave que el suyo, había pesado sobre los hombros de algún hombre. Igualmente hubiera podido añadir, que para emprender tan ardua tarea nunca se habían dejado tan débiles medios á un jefe de Estado por su predecesor.

Bajo el gobierno de Buchanan los del Sud habían literalmente saqueado el gobierno de la Unión.

Un tesoro exausto, arsenales con sus depósitos, talleres y material ocupados ó destruidos; los buques reunidos en Norfolk incendiados, y casi toda la flota federal dispersa por todos los puntos del

globo; en las oficinas de los ministerios, un personal de traidores; bajo las banderas, soldados fieles, apenas suficientes para poner la capital al abrigo de un golpe de mano: con tales recursos contaba Lincoln en el momento de tomar las riendas del poder ejecutivo. Y no eran solamente los confederados los más peligrosos enemigos. Tras de sí, en el Norte, tenía millares de partidarios de la causa del Sud, cuyas activas simpatías no eran un secreto para nadie, los cuales se hallaban dispuestos á dar en el momento oportuno, la mano á los rebeldes.

No obstante, si nada estaba preparado para el ataque y la defensa, el Norte tenía, en hombres y riquezas, fuerzas considerables que sólo se trataba de saber emplear.

Según el censo oficial de 1860, los Estados y territorios del Norte, contenían una población de veintidós millones ochocientos setenta y siete mil almas, comprendiendo en ella algunos centenares de miles de negros. La población de los Estados confederados no era más que de ocho millones setecientos treinta y tres mil, de los cuales tres millones seiscientos sesenta y cuatro mil eran negros: de manera que deducidos los de una parte y otra, quedaba en cifras redondas cinco millones de blancos para sostener la lucha con veintidós millones.

Los recursos materiales no eran menos desiguales que el número de los respectivos habitantes. La región que forma los Estados confederados es más un país de plantaciones de algodón, tabaco y arroz, que un país propiamente dicho agrícola, en que se encuentran trigo, lana, ganados, caballos y todo lo que constituye la vida de grandes ejércitos.

El Norte, por el contrario, tenía inagotables riquezas agrícolas, un comercio que se extendía por todos los mercados y una industria maravillosamente desarrollada.

A pesar de la desproporción de las fuerzas, en un principio el Sud, perfectamente organizado ya de tiempo, gozó de una incontestable superioridad en tanto que el Norte, que todo tenía que crearlo, fué lento en usar de sus medios y sufrió sangrientos reveses, capaces de desanimar á los más intrépidos.

Pero Lincoln tenía en el resultado final de la causa de la Unión una fe profunda, que supo infiltrar á la masa de la nación.

El primer acto de un nuevo Presidente es la elección de su Gabinete. Lincoln no tenía, como muchos de sus predecesores, compromisos contraídos con ciertos electores influyentes, que en la demo-

cracia americana venden su concurso á los candidatos. Durante el escrutinio, en la Convención de Chicago, un amigo suyo habíale dicho por telégrafo: «Seréis nombrado, si prometéis conceder las plazas de *attorney general* y de *director general de Correos* á los señores X... Z...» La contestación fué breve, pero categórica. «No acostumbro aceptar tratos de ninguna especie.»

Inspiróse Lincoln en los mismos que le habían nombrado; dirigióse á los candidatos con él designados por los electores y confió los principales ministerios á sus contrincantes; los Negocios Extranjeros á William H. Seward, de New-York; la Hacienda á Salmón P. Chase; la Guerra á Simón Cameron, de Pensylvania; la Justicia (*attorney general*) á Eduardo Batas, del Missouri. Los otros puestos se dieron á los hombres más distinguidos de la Unión: á Gedeón Welles, del Connecticut, la Marina; á Caleb B. Smith, de la Indiana, el Interior; y en fin, á Montgomery Blair, del Maryland, la Dirección general de Correos.

Antes de ir á hostigar á los rebeldes en su territorio, el Gobierno debía asegurar la tranquilidad en el interior, armarse contra los traidores y para ello atender á una de las libertades más caras á los anglosajones, la libertad individual.

Como en Inglaterra, en los Estados Unidos toda persona detenida, sin que los hechos que motiven su detención sean delitos ó crímenes evidentes contra el derecho común, tiene la facultad de pedir que se le conduzca en el término de tres días ante un magistrado encargado de examinar la criminalidad de los hechos, el cual puede poner á dicha persona en libertad pura y simple ó bajo fianza ó mantenerla en estado de detención.

Este es el privilegio conocido por *habeas corpus*. La Constitución de los Estados Unidos consagra formalmente este privilegio, declarando sin embargo, que puede ser suspendido cuando la seguridad pública lo exija, en caso de rebelación ó de insurrección.

Lincoln creyó que las circunstancias permitían á su Gobierno emplear estas medidas extremas; todas las personas convencidas ó sobre las que recaían sospechas de traición, fueron detenidas y encerradas en fuertes nacionales por orden del Secretario de Estado, y se prohibió á los agentes militares reconocer ningún rescripto de *habeas corpus* que tuviese por objeto la excarcelación de los presos.

Era preciso proveer á las necesidades del Tesoro para crear y equipar un ejército y una armada. Emitiéronse bonos y obligaciones, cuya colocación